

Los niños invisibles no lloran

El viernes 21 de marzo de 2003, justo el día que se iniciaba la guerra en Irak, tres jóvenes estadounidenses emprendieron una travesía por África. Ellos no lo sabían, pero ese viaje sería el principio de un movimiento social y pacífico del que ellos serían los impulsores. Con una cámara de video en mano y con ganas de «contar historias», estos documentalistas amateur llegaron “por casualidad” al norte de Uganda. Su encuentro con los «caminantes de la noche» y una guerra peleada por niños, les llevaría a crear Invisible Children una organización con alcance internacional para ayudar a los niños “invisibles” de Uganda, niños que para sobrevivir aprendieron muy pronto a no llorar. Esta es la historia detrás del video más visto de los últimos tiempos, el “entre bastidores” de: Kony 2012, el documental que en apenas unos días, fue visitado por más de 100 millones de internautas y que recibió más de 500.000 comentarios.

«**U**no de los niños que conozco me dice que le duele la cabeza si no ve sangre [...] todos aquí están dañados: físicamente la gran mayoría, y psicológicamente todos [...] ellos no son como los niños de otras partes del mundo. Nuestros niños no son normales». Una mujer habla frente a una cámara, y por encima de su voz, la pantalla muestra imágenes de fieros niños soldados, o bien, de niños brutalmente torturados hasta la muerte. La mujer que habla se llama Jolly Okot, vive en el norte de Uganda y se dirige al objetivo de la cámara de tres jóvenes norteamericanos que han llegado a su pueblo casi por casualidad. Tres jóvenes estudiantes que, armados con una cámara de video, habrían de cambiar la historia de esta región ugandesa.

Cristina Ávila-Zesatti,
Corresponsal de Paz

Bobby Bailey, Laren Poole y Jason Russell son los fundadores de un movimiento pacífico y social que comenzó como una diversión entre amigos en busca de “aventuras” —en palabras de Laren «de conocer el mundo real y no el que les mostraba la televisión»—, estos tres estudiantes de San Diego decidieron un día viajar a África. En realidad, se sentían atraídos por países como

Kenia o Sudán, lugares a fin de cuentas exóticos para el norteamericano promedio, y de alguna forma, con más presencia en los medios de comunicación, a veces por sus safaris y paisajes trepidantes, a veces por sus incomprensibles conflictos... también trepidantes.

«La verdad es que todo empezó como una aventura [...] y cada uno de nosotros tenía al principio una motivación distinta para hacer ese primer viaje; un viaje que nos cambió el corazón, la forma en que veíamos el mundo; por eso, cuando regresamos sabíamos que íbamos a volver... o tal vez, ahora que lo pienso, lo cierto es que nunca nos fuimos de allí», dice en entrevista con *Corresponsal de Paz* Laren Poole, un joven que ha dedicado más de una década de sus esfuerzos a Uganda, un país al que nunca planearon llegar... y, más específicamente, a una región en el norte de Uganda, la región Acholi... y más específicamente aún a un problema de esta región: la guerra de los niños soldado.

Hay quien dice que nada fue por casualidad. En todo caso, la travesía de Bobby, Jason y Laren comenzó con un presagio, pues su vuelo rumbo a África partió el viernes 21 de marzo del 2003: precisamente el mismo día en que comenzaba la guerra en Irak.

Ellos todavía no sabían que el suyo sería un viaje pacífico y que su única arma, una cámara de video, sería el detonante en cadena de un movimiento social que, a su manera, también cimbraría las conciencias de millones de jóvenes estadounidenses, cambiando con sus acciones el destino de miles de niños de una –hasta entonces lejana– tribu norugandesa. En un principio, solo buscaban una historia para contar en Norteamérica distinta a las que acostumbraban a verse en la televisión de su país.

Los niños invisibles no lloran. Huyen... si pueden

En casi todas las culturas, los niños suelen temer a la oscuridad y a las apariciones nocturnas. Pero en la región ugandesa de Acholi, situada en la frontera sur de Sudán, estos temores infantiles distan mucho de ser una fantasía.

Muy por el contrario, se trata de una espantosa realidad: los niños acholi tienen un miedo atroz a que durante su sueño, lleguen hasta su cama otros niños: los niños-soldado del Ejército de Resistencia del Señor (Lord's Resistance Army, LRA) que han sido entrenados para convertirse en una verdadera pesadilla. Una pesadilla mortal. Una pesadilla en forma de niños armados con machetes y AK-47. Una pesadilla infantil de uniformes holgados y cuerpos minúsculos, que viene a llevarse a otros niños a un lugar donde deberán elegir entre morir o matar. Entre torturar o ser torturados. Una pesadilla que se repite y se recrea a sí misma cada noche... desde hace más de 30 años. Una pesadilla que ha robado el sueño de la infancia de miles de niños ugandeses. «Yo ahora tengo suerte. Puedo llorar,

puedo sentir [...] pero hay miles de niños allí que no pueden hacerlo», afirma China Keitetsi, una joven que logró huir de las filas del LRA y que recibió tratamiento especial en Dinamarca durante años, antes de poder reincorporarse a “la vida normal”.

Se trata de una espantosa realidad: los niños acholi tienen un miedo atroz a que durante su sueño, lleguen hasta su cama otros niños: los niños-soldado del Ejército de Resistencia del Señor que han sido entrenados para convertirse en una verdadera pesadilla

Autora de un libro donde relata sus experiencias en las filas de este ejército conformado en un 90% por soldados menores de 15 años, China afirma que ahí dentro el entrenamiento es tan despiadado como eficaz: los niños aprenden rápido y bien que no deben “sentir miedo”... deben “hacer sentir” miedo. Entre ellos, el único juego permitido es matar y sólo hay un castigo para la desobediencia: una muerte casi siempre lenta y dolorosa. Es parte del adoctrinamiento.

Esta tragedia humanitaria que parece un mal sueño es, sin embargo, la realidad de toda una generación en esta zona de Uganda. Cada día, al caer el Sol, los niños uniformados salen en busca de otros niños, porque «la guerra del Señor contra el Gobierno» debe continuar. Deambulan por los poblados, irrumpen en las casas, amedrentan o asesinan a los adultos y secuestran a los niños.

Y la pesadilla infantil es un interminable círculo vicioso para todos. Los que secuestran no quieren hacerlo y los secuestrados no quieren unirse al ejército, pero todos aquí, soldados y civiles, tienen miedo. Todos “deben” obedecer si quieren seguir viviendo. Aquí el llanto —especialmente el llanto, un gesto tan primario en el ser humano—, está prohibido, porque es la manifestación externa del temor. Nadie llora, porque de cualquier forma, de nada sirve.

Estos niños, los niños ugandeses de Acholi, aprenden muy pronto que llorar no sirve de nada, si acaso, para morir más rápido a manos de quienes podrían ser sus compañeros de juego, y que están —además— casi tan asustados como ellos.

Santuarios nocturnos de paz. Una historia para contar... y cambiar

Sólo en los últimos años, el LRA secuestró para sus filas a unos 30.000 niños con edades comprendidas entre los 7 y los 14 años, aunque diversas organizaciones internacionales

afirman que la cifra negra fuera de las estadísticas oficiales es tan alta, que el número podría ascender hasta 50.000. Nada más y nada menos que el 10% de todos los niños-soldado que hay en el mundo: Naciones Unidas y la ONG internacional Save the Children aventuran una cifra cercana a los 500.000 niños militares repartidos en diversos países.

Paradójicamente, Uganda, con sus 30 millones de habitantes, es “un país de niños”: la mitad de su población no sobrepasa los 18 años, y la región conocida como “Acholiland” representa al 4% de este tesoro infantil; miles y miles de niños y niñas que han sido convertidos en adultos precoces; en soldados y militares. En niños-combatientes.

Hoy Acholi es una zona que apenas supera al millón de habitantes (1.200.000). La guerra se ha cobrado más de 130.000 vidas y gran parte de su población actual está sumida en la pobreza. Se calcula que 150.000 personas de esta etnia viven aún en campos de refugiados en las inmediaciones del sur de Sudán (aunque llegaron a ser 2 millones) y el distrito de Gulu ha sido uno de los más golpeados por el VIH (6,7% en todo el país); otra de sus provincias, Kitgum, es tristemente “célebre” a escala internacional por el feroz brote de ébola ocurrido también en aquél guerrero y fatídico año 2003.

Bobby, Jason y Laren encontraron allí a Jolly Okot la mujer que les habló de los «niños enfermos de sangre» en un campo de refugiados. Esta mujer les habló «de esos niños enfermos de sangre». Ella los llevó a Gulu y les dijo: «Tienen que ver esto». Bobby, Jason y Laren, conocieron entonces a los «caminantes de la noche». Hordas de niños y jóvenes que cada atardecer, huían de la pesadilla del ejército de de niños y niñas que venían con una sola orden: reclutarlos o matarlos.

Iglesias, estaciones de autobús, hospitales, una calle transitada... cualquier lugar medianamente iluminado o mejor aún, resguardado y cerrado, se convertía cotidianamente en el refugio temporal de unos 45.000 niños salidos de todas partes, que caminaban kilómetros y kilómetros solo para “pasar la noche” y asegurarse de que al menos durante esa madrugada, quizá, no serían obligados a matar o a morir.

En aquel 2003, cuando todo el mundo hablaba de otra guerra más “inmediata”, la de Irak, ninguno de estos tres jóvenes norteamericanos en busca de una historia en África era mayor de 25 años y lo que vieron en Gulu les dejó en estado de *shock*. Y lo único que atinaron a hacer fue... filmarlo.

«Esa noche nos cambió para siempre la vida. Nos mirábamos entre nosotros y pensamos: esto jamás pasaría en América –y nos preguntábamos– ¿Por qué aquí sí? ¿Sólo porque esto es África?» afirma la voz en *off* de Laren Poole mientras la cámara muestra una imagen sobrecogedora: una alfombra humana de cientos de niños acholi amontonados,

semidesnudos y descalzos durmiendo hacinados. Hermanados por la noche y por su único deseo: que –al menos durante esa noche– su sueño no sea interrumpido por la pesadilla de tener que convertirse en soldados.

«Encontramos nuestra historia –dice la voz de Laren– en el documental *Invisible Children* (Niños invisibles). Un documental que hoy ha sido visto por millones de personas en 200 ciudades del mundo, y que se convirtió en la piedra angular de todo un movimiento social en Estados Unidos, así como en una ONG que ha cambiado la vida de miles de niños y jóvenes en el norte de Uganda precisamente por hacerlos “visibles”.

Una tragedia humanitaria a ritmo de MTV

Imágenes urgentes. Música vertiginosa. Encuadres ingeniosos. Risas y tragedia, alegría y drama perfectamente mezclados. Diálogos dinámicos. Personajes que tocan la pantalla. Un guión impecable. Un documental de una hora “pensado” para un público muy específico: los jóvenes.

«Pensamos en hacer algo que pudiera tocar a gente de nuestra generación, jóvenes con cierto nivel de educación, que supieran cosas del mundo y pudieran interesarse en esta situación en Uganda, que pudieran “conectar” con esta realidad [...] al principio, como teníamos tanto material pensamos en subir videos a internet, pero luego nos decidimos por este otro formato [...] un modelo donde además de poder proyectar el video, pudiéramos estar en contacto con quienes lo vieran, porque al regresar de Gulu, lo que buscábamos realmente era que la gente se movilizara... queríamos ayudar a detener este desastre y sacar a los niños de esa oscura noche de temor y sangre», dice en entrevista Laren Poole.

A su manera, y salvando todas las distancias, los creadores de Invisible Children contrarrestaron los efectos malignos del ejército del LRA reclutando a otro tipo de milicia: cientos de jóvenes voluntarios que tras ver el documental se adhirieron a la causa para salvar a los niños-soldado de Uganda, y comenzaron a trabajar de forma gratuita en diversas localidades de EEUU y Latinoamérica.

Entre 2007 y 2009, Invisible Children había logrado recaudar cerca de cuatro millones de dólares para estos proyectos, la mayoría, sólo con la ayuda de grupos de voluntarios que organizaban proyecciones del documental en sus escuelas, con el fin de ayudar a las escuelas norugandesas. Otros se han dedicado a crear *lobbies* –grupos de presión– para comprometer a políticos y figuras públicas estadounidenses, y lograr que se involucren en el frágil proceso de paz que actualmente enfrenta la región Acholi.

«Creo sinceramente que la gente joven de Estados Unidos tiene un perfil distinto a lo que normalmente se piensa de los norteamericanos [...] que no estamos interesados o informados sobre lo que ocurre en otras partes del mundo [...] eso está cambiando, porque ahora pensamos más globalmente y también debemos actuar así. A mí Invisible Children me abrió los ojos y el corazón. Me permitió no sólo ser testigo sino involucrarme con estos niños en Uganda», dice Adam Finck, un espectador del documental que luego vivió casi dos años en el país africano trabajando para Invisible Children.

El mismo sentimiento tiene Chris Sarette, que con apenas 27 años se unió formalmente al equipo y encabezó el departamento financiero de la organización: «Desde que trabajo en Invisible Children me he convencido de que otro mundo es posible. Estados Unidos tiene una guerra contra el terror, pero hay otras guerras en el mundo y es tiempo de que nos involucremos, que los jóvenes pidamos cuentas y acciones a los políticos».

A casi diez años de su primera proyección en 2005, el documental de Invisible Children continúa su rodaje, un rodaje que va más allá de las pantallas a través del activismo. Aunque, por fortuna para todos, la historia central de aquel video original ha cambiado radicalmente: hoy, unos cincuenta jóvenes que apenas sobrepasan los treinta años, trabajan formalmente para esta organización estadounidense que ya tiene alcances internacionales.

Mientras tanto, en el norte de Uganda, un equipo de casi 100 personas administra los proyectos implementados por esta ONG: becas para niños y jóvenes, programas de microeconomía donde se manufacturan productos para beneficio comunitario, dormitorios infantiles y bibliotecas con libros donados por personas de todo el mundo.

«Cuando regresamos de Uganda, realmente para mí todo había cambiado, y me prometí a mí mismo que no pararía hasta que las cosas cambiaran para esos niños. Hicimos un documental, no de una tragedia –aunque lo es– sino de seres humanos que pudieron haber nacido en cualquier parte del mundo. Queríamos que nuestra audiencia se sintiera asqueada de la situación en la que viven y no de ellos o de esos lugares donde hay también una inmensa alegría, fuerza y esperanza. Nuestra labor allá aún no ha terminado», afirma Laren, cuya seguridad y pasión hacen pensar en alguien que también ha madurado precozmente... después de todo, él nació en EEUU por las mismas fechas en que la guerra comenzaba en territorio acholi, cosa de las casualidades, y del destino de nacer «en la parte afortunada del mundo».

«Quizá nos van a olvidar cuando vuelvan a América, pero al menos tienen el video, para recordarnos», dice al final del filme un niño de Gulu que mira fijamente a la cámara de Bobby, Jason y Laren.

O quizá –como afirman otros– «nada es casualidad» y la historia de estos niños y jóvenes estaba predestinada a encontrarse, en algún momento de sus vidas aparentemente distantes. Quizá los norteamericanos piensan que encontraron una buena historia para un documental, o quizá fue la historia quien les encontró a ellos. Quizá también, una cámara bien utilizada puede ser más potente que la violencia, y tal vez, por una vez, el bombardeo de imágenes positivas pueda detener las pesadillas de la guerra, para que estos niños ugandeses puedan volver a conciliar el sueño de una vida pacífica.

Una guerra santa que transforma a los niños en demonios

El Ejército de Resistencia del Señor (Lord's Resistance Army (LRA)) está liderado por Joseph Kony, un insurgente que se ha autoproclamado como “enviado de dios” para derrocar al Gobierno de Uganda. Es –o se dice– primo de la fallecida líder espiritual y guerrillera Alice Lakwena, quien también afirmó estar “poseída” por un espíritu que la había designado para luchar contra el Gobierno.

Ella, que se decía “la profeta de Uganda” fue la primera en crear un ejército conformado por niños a principios de los años ochenta: el Movimiento del Espíritu Santo (Holy Spirit Movable Force (HSMF)). Su terrible sucesor Joseph Kony, empeoró con mucho sus tácticas, mezclando el sincretismo de las creencias de la zona con un catolicismo exacerbado. La meta de este hombre es “refundar” una sociedad basada en su propia interpretación de los Diez Mandamientos.

Los niños secuestrados para entrar en combate son sometidos a “rituales de iniciación” y se les hace creer que untados con aceite, sus cuerpos son inmunes a las balas y que las piedras que usen tendrán la potencia de granadas verdaderas.

Quienes escapaban de sus filas y eran descubiertos, debían ser literalmente despedazados por la tropa. Sus castigos “compasivos” son hoy huellas visibles en muchos niños y hombres del norte de Uganda: les fueron cortados los labios y las orejas, la marca del LRA.

El 8 de julio de 2005, la Corte Penal Internacional cursó una orden de detención contra Joseph Kony, sobre quien pesan al menos 33 acusaciones por violar el Derecho internacional humanitario. En 2006, el LRA estaba bastante debilitado y aceptó negociar la paz con el actual Gobierno ugandés, al frente de Yoweri Kaguta Museveni, el undécimo presidente de ese país africano, quien ha estado en el poder desde 1986.

La crisis humanitaria detrás de cámaras

La situación en Uganda del norte permaneció durante años fuera de la atención de la Comunidad Internacional y de los grandes medios de comunicación. Durante casi un cuarto de siglo, esta “guerra peleada por niños” arrojó cifras más espeluznantes que las del momento más álgido en la invasión de Irak.

Según las organizaciones Save the Children, Amnistía y Oxfam Internacional, estos son sólo algunos de los muchos horrores que muy pocas cámaras captaron:

- Entre 20 y 50.000 niños fueron secuestrados por el LRA durante la guerra y convertidos en combatientes.
- 41% de las muertes en los campamentos de desplazados son niños de menos de 5 años.
- 250.000 niños en el norte de Uganda no reciben educación (una cuarta parte de la población).
- Miles de niños han nacido cautivos del LRA, hijos de las niñas y jóvenes secuestradas por el ejército rebelde.
- Datos recopilados por instituciones de ayuda humanitaria estiman que unas 6.500 niñas fueron reclutadas como niñas-soldado y utilizadas como esclavas sexuales del LRA, lo que constituye el 33% de esa fuerza rebelde.
- Un estudio dirigido por la Escuela Londinense de Higiene y Medicina Tropical en junio de 2008, concluyó que el norte de Uganda era el lugar del mundo con mayor incidencia de enfermedades mentales.

KONY 2012. El video más visto de la historia: De “niños invisibles” a fenómeno mediático del activismo cibernético global

Joseph Kony, un nombre prácticamente ignorado fuera de los confines africanos y el mundo de los tribunales internacionales, se convirtió de repente, y en apenas unos minutos, en toda una “celebridad” mundial gracias a internet y al poder de las redes sociales.

La ONG estadounidense Invisible Children logró con una fenomenal campaña cibernética lo que años de denuncias y atrocidades no habían logrado: visibilizar el problema de los niños soldados en el norte de Uganda, y las atroces prácticas para convertir a generaciones enteras de infantes en pequeños *zombies* asesinos.

Se trata del último documental realizado por los tres jóvenes cineastas estadounidenses, con duración de 30 minutos. Registró más de 100 millones de visitas en apenas 6 días y fue comentado por más de 500 mil personas, un récord que lo convierte –hasta el momento– en el video más visto de los últimos tiempos.

Debido a la “inesperada popularidad” que obtuvo el documental, tanto la organización de Invisible Children como los autores del mismo fueron puestos en duda por diversos medios de todo el mundo; sin embargo, los jóvenes cineastas afirman que después de varios años dedicados a intentar que el mundo gire la mirada hacia la abandonada infancia de Uganda y detenga las atrocidades impunes de Joseph Kony y su ejército de mercenarios, decidieron lanzar esta campaña aprovechando el exponencial crecimiento que tienen redes sociales como Facebook y Twitter, cuyos usuarios fueron sin duda, los mayores promotores para que (finalmente) el rostro y la bestialidad de las acciones de Joseph Kony y sus “niños invisibles”, se convirtieran –al menos por unos días– en el foco de la atención ciudadana mundial.

Con su nuevo y demoledor éxito, tal vez solamente estamos viendo el cumplimiento de la frase con la que arranca el documental: «nada es más poderoso que una idea a la que le ha llegado su tiempo», y sospechas aparte, lo cierto es que ahora usted y yo estamos al tanto de la existencia de Joseph Kony, pero sobre todo, de la existencia de estos cientos de miles de niños forzados a ser soldados, niños que hasta ayer, eran invisibles para nosotros.